

*Cuéntanos abuela, cuando padre era chico...*

Los siete hijos de Exaltación Delgado rodearon a su madre. Ella misma les había convocado. Ninguno imaginó cómo sería esa situación cuando llegara, aunque todos sabían que ella llevaría la voz cantante. Siempre fue así desde murió su marido, más o menos por el año cuarenta y cinco. La herida que trazó la repentina ausencia del padre persiste en sus miradas. Puestos unos junto a otros, la sucesión de ojos oscuros es una vitrina donde los hermanos mayores guardan el dolor olvidado; las dos hermanas, el lustre ambiguo de la reconstrucción; el hijo mediano una desesperanza petrificada; el que se quedó en el pueblo, la resignación; y el más pequeño, la esperanza ingenua y aturdida del que recuerda como en un sueño. En algunas de esas pupilas no hay rastro de infancia. Se les desprendió sobre el ataúd del progenitor muerto. En otras deambula un niño rural vestido de adulto, aturdido, esperando aún que su papá vuelva de ese sitio al que marchó ya ni se acuerda, hace casi cuarenta años.

-Abuela, ¡cuéntanos historias de cuando padre era chico...!

En la oscuridad del dormitorio que tiene en la casa del menor de sus hijos, Exaltación suelta las horquillas negras que recogen su pelo y una catarata de cabellos plateados cae sobre la espalda del camisón. Los nietos espían extasiados la escena mágica. El moño gris de la abuela ha desaparecido y ella se ha convertido en un hada buena.

-Abuela, ¡cuéntanos otra vez cuando las gallinas picaron en el culo a tío Narciso!

La ropa antigua que Exaltación guarda en su dormitorio despide un ligero aroma a alcanfor. En la memoria nostálgica de sus nietos, ese olor envuelve los relatos que la abuela les cuenta sobre tiempos inmemoriales en los que su padre era un niño como ellos.

-Al tío José los chavales del pueblo le pegaban porque era más apocado. Vuestro padre le defendía. Era tres años más chico, pero como trabajaba en el campo desde crío tenía mucha fuerza...

En la imaginación de los pequeños su padre y su tío aparecían como dos niños con los rostros adultos que les eran familiares. Desdibujaban el resto del escenario en favor del protagonismo de los personajes. A los malos los recreaban como si fueran compañeros de colegio malvados, aunque en las historias de la abuela no hubiera colegios porque en ese tiempo todos tenían que trabajar en el campo o no tenían dinero suficiente.

-Un día, uno de esos muchachos dio al tío José una pedrada en la frente. Cuando vuestro padre se enteró, salió a buscarlo y le hizo beber el agua del abrevadero de las mulas...

-¿Y era muy fuerte el niño ése, abuela?

-Sí..., y más mayor...

-¿Y papá qué edad tenía?

-Era como vosotros, debía tener ocho o diez años...

Cuando murió su padre, Juan tenía seis años. Era el más pequeño de trece hermanos de los que sobrevivieron siete. Durante su infancia ganaba segando el sueldo de un hombre adulto. Los del pueblo consintieron porque era huérfano de padre y porque había mediado su hermano Narciso, que era capaz de trabajar por cuatro jornaleros y durante más tiempo seguido que ningún otro en Usagre.

-Cuando vuestro padre nació, el abuelo lo lavó en un riachuelo que pasaba cerca del cortijo.

-¿Y no hacía frío abuela?

-Sí, pero entonces los niños eran fuertes y lo aguantaban.

Exaltación perdió seis hijos. Algunos no llegaron a nacer vivos. Otros murieron como morían tantos, ya fuesen niños o adultos. Su marido engendraba por inercia, como era

costumbre, y ella aguantaba con una elegancia extraña en aquella trampa de miseria. Jesús tenía buen corazón. En realidad, fue todo lo bueno que podía ser un hombre cuya dignidad la convienen el terrateniente inculto, dueño de su vida, y el cura del pueblo, administrador de su reputación. Como cualquier aparcero pobre nacido en la dehesa.

-¿Cómo era el abuelo?

-El abuelo era muy guapo y alegre. Siempre me traía flores del campo.

-¿Él era el dueño del cortijo?

-No, el cortijo era de los señoritos. El abuelo era capataz.

-¿Y qué le pasó?

-Se puso malito y se murió, hace ya mucho, mucho tiempo.

Jesús enamoró a la joven que sería su esposa. La convenció para que dejara el pueblo y una vida a salvo de la intemperie, dentro de aquella aspereza campesina. Lejos, en la profundidad de las fincas inacabables, la entretuvo con su encanto y la mantuvo como una princesa naif mientras gozó de la confianza de los señoritos dueños de la tierra. Luego enfermó. Cuando murió, las esperanzas de su familia se deshicieron como un castillo de barro bajo la lluvia. En la España rural de los años cuarenta, la soledad de una viuda extremeña cargada con siete hijos era la definición exacta de la tristeza.

-Abuela, nos dijiste que conocías los dibujos animados de "Marco"...

-Sí, la historia verdadera se llama "Corazón" y la escribió un señor italiano.

-¡Como Marco!

-Sí. Era igualita, igualita. Por la noche, en el cortijo, como no teníamos televisión yo leía esas historias a vuestro padre y vuestros tíos. Tendríais que verles... Lloraban a moco tendido.

Exaltación escribía con la caligrafía de una maestra antigua. Trazaba con exquisita precisión los ornamentos curvilíneos de las mayúsculas, tomando el lápiz con soltura, inclinándolo un poco hacia la derecha, como si fuera una pluma estilográfica.

-Sólo los hermanos mayores de vuestro padre pudieron ir al colegio. Él y el tío Narciso trabajaron mucho para que la familia saliera adelante.

-Pero papá era muy pequeño.

-Sí, pero el abuelo había muerto y nos quedamos sin nada. Si no hubiera sido por vuestro padre y el tío, no habiéramos tenido qué comer.

-¿Y tú fuiste al colegio?

-Sí, niño, sí... Unas monjitas me enseñaron las cuatro cosas que sé. Venga, ya es hora de ir a la cama.

La muerte de Jesús convirtió a su esposa en una víctima sin nombre. En esos años, cuando el marido desaparecía, la mujer se convertía automáticamente en una suerte de botín. En el Badajoz rural y profundo, la dignidad que pudiera tener la mujer de un aparcerero muerto no la ponía a salvo de la depredación salvaje que imperaba en la posguerra. Exaltación reconstruyó su identidad y buscó la fuerza imponiendo una disciplina feroz en su hogar. Ella se enclaustró en el luto para siempre. A las hijas también las vistió de negro y las apartó del mundo durante demasiados años. Los dos hijos mayores marcharon lejos de aquella oscuridad. El tercero, Narciso, ya era casi un hombre y ocupó algo parecido al lugar de su padre. José, el mediano, más débil, quedó perdido en ese desierto de supervivientes con el alma renqueante. Juan, el más pequeño, era fuerte y se puso a trabajar en las faenas del campo, sin más. La madre calculó el espacio en el que podrían existir ella y sus hijos e impuso las normas de acero que les permitieron salir adelante. Exaltación Delgado se hizo dueña de su destino

endureciendo su voluntad. Los hijos que se fueron vivieron sus vidas y los que se quedaron perdieron la infancia y la juventud hasta salir del pozo.

-Juan, vuestro padre, aprendió a cuidar cabras cuando tenía seis años. También plantó un huerto de melones y pasaba las noches solo en el huerto, vigilando con la escopeta del abuelo para que no le robasen. Había mucha gente con hambre.

-¿Con seis años le dejabas coger la escopeta, abuela?

-Cuando lo del huerto ya debía tener unos diez años, pero eran otros tiempos hijo...

-¿Y qué hacía padre con los melones?

-Los vendía y luego traía a casa todo el dinero. Nunca se quedó con nada, ni siquiera lo poco que le daban cuando iba a segar.

-¿Y cuándo dormía?

-Dormía cuando podía porque luego tenía que ir al campo muy temprano. Los colchones se hacían de paja. Cuando estaban recién rellenos eran muy calentitos, pero luego cogían humedad y se pasaba muy mal. Pero vuestro padre estaba tan cansado que a veces hasta se le olvidaba quitarse la ropa.

-¿Y las tías abuela, qué hacían?

-La tía Leonor y la tía Inés quedaban en casa conmigo, cuidando de la huerta y ayudando en las cosas de la casa. Luego se casaron y las cosas empezaron a ir mejor.

A Juan le inculcó su madre una conciencia precisa de la dignidad personal. Con los rudimentos que hasta los seis años le dio un pobre maestro rural y la atención de Exaltación, aprendió a leer y escribir. Pronto intuyó que devorar cualquier libro que cayera en sus manos era construirse a si mismo.

-Vuestro padre estudiaba mientras araba en el campo.

-¿Y cómo hacía?

-Ponía el libro sobre los palos del arado y manejaba a las mulas así. Sólo tenía un libro que a veces cambiaba por otro que conseguía por ahí. Lo sujetaba con tanta fuerza al arar que le hacía agujeros con los pulgares. Un día, apareció en la era el señorito a caballo y le pilló leyendo...

-¿Y qué pasó abuela?

-El señorito le quitó el libro y le riñó mucho.

-¿No quería que leyera?

-No hijo.

-¿Por qué?

-Porque a las personas formadas es más difícil dominarlas.

-¿Y qué pasó?

-El señorito amenazó a tu padre, "¡que no vuelva a verte nunca más leyendo!". Luego cogió el libro y se lo puso al caballo delante para que lo destrozara a bocados. Le decía "¿ves como el caballo también sabe leer?" Y se reían. El pobre Juan estuvo una semana sin abrir la boca hasta que me lo contó. Por entonces costaba mucho conseguir un libro.

-Ahora tenemos un montón.

-Sí, hijo, pero entonces eran otros tiempos...

-Cuéntanos más de papá, abuela...

-Cuando llegaba la época de la vendimia y la de la aceituna, también iban vuestro padre y el tío Narciso. Iba mucha gente del pueblo y de fuera porque entonces no había otra cosa. Luego llegaba el rebusco. Era muy duro.

-¿Qué es eso abuela?

-¿El rebusco? Eso era recoger las uvas o las aceitunas que se quedaban atrás en el campo tras la cosecha. Llevaba mucho tiempo llenar un saco porque apenas

encontraban. En invierno, los hombres se quedaban sin uñas porque desenterraban las aceitunas en el suelo helado.

-¿Y qué hacían con ese saco?

-Lo subían al burro y lo vendían en las ferias de los pueblos. Allí los compraban los tratantes, a dos pesetas cada saco.

-¿Y por qué quedaban tan pocas uvas y aceitunas?

-Primero hacían la cosecha los jornaleros. Luego, pasaban los cerdos y el ganado de los señoritos, para comerse lo que quedara. Al final, después de que los cerdos hubieran acabado, la Guardia Civil dejaba a quien quisiera rebuscar lo sobrante. Un guardia daba un tiro al aire y esa era la señal para poder hacerlo. Al pobre desgraciado que se llevara algo antes de que sonara ese tiro, lo cogían los guardias civiles y le arrancaban un diente y cosas peores.

-¿Un diente, abuela? ¿Cómo hacían eso?

-Con unos alicates. Un día, mi Juan llegó a casa temblando. Estaban recogiendo aceitunas y un hombre junto a él se metió un puñado en el bolsillo. Un guardia civil que vigilaba a los jornaleros lo vio y lo llevó a un lado, lo puso de rodillas y con unos alicates le sacó dos dientes. Vuestro padre, que era un crío, se quedó aterrorizado. Gracias a Dios, un compañero le tiró de la manga y le hizo volver la cabeza diciéndole "¡no mires! ¡no mires!".

-¿Y por qué lo hacían abuela?

-Eran tiempos muy duros, hijo. Entonces nadie tenía miramientos y los castigos eran así. La gente rica tenía miedo de los más pobres y después de la guerra la Guardia Civil imponía el orden a palos. Los pobres tenían miedo de todo y los ricos de los pobres.

-¿Todos tenían miedo abuela?

-Sí hijo sí, y nosotros estábamos solos, sin tu abuelo. Después de la guerra, aún podían verse en los arcones de los caminos a gente que se moría de hambre y allí quedaban.

Exaltación Delgado miraba a la cámara. Aún no habían llegado a su vida los años en que tendría que enseñar a sus hijos a escribir, aislada en un cortijo de la dehesa extremeña. Vestida con su rostro atezado y su ropa de campesina, dejó sobre la emulsión fotográfica la imagen que muchas décadas después fascinaría a sus nietos. El rostro ovalado, las cejas pobladas y perfectas, la mirada profunda y firme, dibujaron una composición de belleza rara, como un olor de madera o de tierra muy puros.

-¡Qué guapa estás en esta foto abuela! ¿Quién te la hizo?

-Un señor que pasó por el pueblo y me la regaló. Es la única foto que tengo de joven, aún no había conocido al abuelo Jesús.

La anciana mencionaba la palabra "abuelo" junto al nombre de su marido, muerto ya hacía tantos años. El "abuelo Jesús" era un personaje legendario que vivía en las historias que contaba a sus nietos, pero su Jesús nunca fue abuelo. Le recordaba como el marido de mediana edad con el que tuvo trece hijos, como el joven seductor que le regalaba flores cuando vivían aislados en la dehesa, cuidando de la propiedad del terrateniente. Guardaba para sí al Jesús montado en la mula torda con la escopeta cruzada sobre la silla, el hombre que tantas veces protegió su hogar de los soldados hambrientos que durante la guerra les atemorizaron en aquella soledad.

El tiempo pasó y los siete hijos de Exaltación hicieron sus vidas. Una vez resucitada la familia tras la muerte del padre, la existencia les llevó a Madrid, Sevilla, Málaga, Córdoba. Llegaron los nietos y los bisnietos. La abuela mantuvo su casa de Usagre, pero pasó la vejez repartida en temporadas con los suyos. Prolongó la presencia de la madre viuda hasta más allá. Siempre impartiendo orden, comprobando que los cimientos eran

fuertes. En cada hogar había una cama para ella. Conoció de cerca a sus descendientes, dejando una impronta sobre sus identidades.

-El pan nunca se debe romper con las manos, hay que partirlo con el cuchillo.

-¿Por qué abuela?

-Porque el pan se bendice en la mesa y en la iglesia y eso merece un respeto.

El algodón de una sábana de hospital vive entre dos mundos. Los amigos y familiares que visitan al ingresado apenas lo tocan. Forma parte de las vestiduras del enfermo postrado y siempre alienta una reserva y aconseja una distancia prudente, por si acaso. Aunque la cortesía hila esta aprehensión con disimulos, el recelo acaba por asomar del fuero interno, que es donde los humanos cocinan a conciencia sus miedos. El otro mundo de estas sábanas es el calendario del enfermo que acogen. Aquella joven campesina de la foto compareció ante sus hijos ya mayores ataviada con esas sábanas y con su autoridad. El tiempo había pasado como el viento de septiembre, que no se nota porque la navidad llega enseguida, pero siempre deja un olor a tierra mojada. La fuerza de sus ojos negros y sus bellas cejas pobladas se había convertido definitivamente en la vida de sus vástagos, y más aún, en la de sus nietos. Exaltación Delgado intuyó el momento de su muerte y reunió de nuevo a sus siete hijos vivos para despedirse y para asegurarles que habían elegido bien en la vida, que no se preocuparan y que estaba orgullosa de ellos y de las familias que habían formado. Luego cerró los ojos y durmió. Ahora quedaba libre de nuevo para soñar con aquel joven apuesto que la enamoraba cada día con flores del campo recogidas en medio de la nada. Murió en Córdoba en 1982, a la edad de 86 años.

*Autor: Juan Manuel Cuéllar Bermejo*

*Madrid, agosto 2010*